

# SEVILLA Y LOS ORÍGENES DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

EMILIO CARILLA  
*Universidad de Tucumán*

## I

### *Andalucía y el Nuevo Mundo*

Es bien conocida la polémica lingüística —eso sí, nada estridente— que se desató hace años acerca del español americano. Más exactamente, acerca del andalucismo del español americano. Por otra parte, es igualmente conocida la trayectoria que ha recorrido este problema, con sus tres desiguales etapas que podemos identificar así:

1. Aceptación uniforme, ya desde el siglo XVIII, de la tesis que consideramos tradicional. Es decir, la de que el andalucismo era evidente en el español de América, y que esa influencia se debía al predominio de andaluces en las épocas de la conquista y colonización (Menéndez Pidal, Tomás Navarro, Rodolfo Lenz, Édouard Bourciez, etc.).

2. Discrepancia de Pedro Henríquez Ureña, hacia 1921, con esa tesis, apoyado en nuevos planteos. Posición que determinará un cambio de ideas —más que una verdadera polémica— entre Henríquez Ureña y Max Leopold Wagner (si bien conviene decir que éste hablaba de *surespañolismo*, y no de *andalucismo*). Como derivación, vemos que las ideas de Henríquez Ureña serán aceptadas por un grupo importante de filólogos.

3. Replanteo y defensa de la tesis del andalucismo, con el respaldo de una mejor sustentación de la línea tradicional (Boyd-Bowman, Guitarte, Lapesa, Rona, etc.). Triunfo definitivo de esta tendencia, hoy aceptada sin mayor oposición, y cuyos fundamentos son ampliamente conocidos<sup>1</sup>.

Es evidente que la comprobación fidedigna del origen regional de muchos españoles (conquistadores y no conquistadores) establecidos en América durante el siglo XVI revela el predominio que tiene el núcleo andaluz. Y esto se afirma, co-

<sup>1</sup> Ver una síntesis de este desarrollo (y bibliografía) en mi estudio «Dos tesis polémicas de Pedro Henríquez Ureña», en el *Anuario de Letras*, México, 1985, XXXIII, págs. 266-273.

mo respaldo mayor, con la correspondencia que representan rasgos definidos del andaluz en el naciente español americano del siglo XVI. Con especial énfasis en los elementos fonéticos (yeísmo, seseo) y sus reflejos en la grafía, o, mejor, a la inversa.

Todo esto resulta ya demasiado obvio, como resulta obvio el poder comercial, social, político, que Sevilla y Cádiz, sobre todo, mantuvieron en los siglos coloniales en relación a América. Ahora bien, sin pretender una significación equivalente, quizás no se ha tenido igualmente en cuenta el peso artístico que tienen autores de origen andaluz, particularmente sevillanos, en la, asimismo, naciente literatura hispanoamericana (y no creo que sea necesario traer aquí a colación que, como han dicho algunos críticos, la literatura hispanoamericana nace a comienzos del siglo XIX).

No se trata, por descontado, de establecer estadísticas con proporciones matemáticas, sino de tener en cuenta, muy sencillamente, el peso cuantitativo y cualitativo que tienen esos escritores de origen andaluz en los albores literarios del Nuevo Mundo (albores literarios, claro, en la línea del hispanoamericanismo, tal como se deduce del nombre «Nuevo Mundo». Y son los autores nacidos en el sur peninsular —y en especial, repito, los sevillanos— los que configuran en buena medida el cuadro de comienzos de esta literatura. Sin olvidar por esto, como se da también en el caso de la lengua, los aportes de otras regiones de España.

Estas noticias esquemáticas pueden entenderse aún mejor, si atendemos a la línea diacrónica que dibuja el proceso literario en los tres siglos coloniales, siglos que ofrecen un itinerario explicable: con la firme presencia de españoles europeos en el primer siglo, y, sin desaparecer del todo esa presencia en los otros siglos, con una cada vez más creciente presencia de autores nacidos en América.

Volviendo, pues, al primer siglo, cabe destacar el predominio de autores españoles europeos que dan en mucho la tónica de esa época americana, junto con la aún débil presencia de los autores criollos o españoles americanos. Hasta donde tanto unos como otros reflejan caracteres propios del Nuevo Mundo es tema de más ardua explicación, si bien no creo que, a propósito de los españoles europeos, pueda hablarse, como han hecho algunos, de una especie de transformación mágica, por el solo motivo de pisar tierras americanas. Quede aquí, en todo caso, la comprobación de un papel inaugural sin grandes rupturas, aunque con señales del ámbito —nuevo, enorme, variado— en que la literatura hispanoamericana nace.

Por razones explicables, me limitaré, como corresponde, a la época que he señalado. Vale decir, al siglo XVI. Dentro de la denominación general de «siglos coloniales», me parece apropiado distinguir una elemental división interna entre el siglo XVI, «siglo de la conquista», y los siglos XVII y XVIII, como etapa de la organización colonial propiamente dicha. Dentro de otra perspectiva, sería también necesario considerar la doble línea o polaridad que ostenta el siglo XVIII, sobre todo en su segunda mitad: continuación del perfil colonial, por un lado, y punto de origen de movimientos y rebeliones que anticipan en alguna medida la no lejana independencia de la mayor parte de las colonias.

### Escritores de origen sevillano

Sobre este amplio marco, restringiéndome, como he dicho, a un sector limitado, creo que conviene insistir una vez más en el papel importante que juegan en ese «primer siglo hispanoamericano» (primer siglo, con algún desborde) los autores andaluces, y, en particular, los sevillanos.

¿Quiénes eran? Sin la pretensión de dar una lista exhaustiva, quiero indicar una serie de nombres. Todos nacidos en Sevilla, salvo aclaraciones con respecto a unos pocos nacidos en otras partes de Andalucía. No sé si hace falta decir que, si bien se presentan dudas con respecto al origen de alguno, eso se debe a los avatares comunes de todo momento inicial. O, con más exactitud, a la imprecisión de las noticias recibidas. En ciertos casos (dos o tres), apenas si nos ha llegado un nombre desnudo al lado de un origen vago. De todos modos, la abundancia de los autores alineados defiende ese origen en el sur de la península y permite el cómodo enlace entre las «Dos Españas» de aquella época. Veamos ahora los nombres:

- El Bachiller Fernández de Enciso (1469-después de 1519).
- Diego Ceballos de la Rosa (— muerto después de 1534).
- Bartolomé de las Casas (1474-1566).
- Pedro Cieza de León (1518-1560).
- Gutierre de Cetina (¿1520?-¿1577?).
- Gonzalo Riancho (— muerto después de 1595).
- Juan Iranzo<sup>2</sup>.
- Lázaro Bejarano (— muerto después de 1574).
- Juan de la Cueva (1543-1610).
- Mateo Rosas de Oquendo (¿1559?-¿1612?)<sup>3</sup>.
- Luis Pardo<sup>4</sup>.
- Diego Mexía de Fernangil (— muerto después de 1617)<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> «En el soneto que Iranzo dedica a Bejarano, le habla de «nuestra Sevilla». Manuscrito sevillano conservado en la Biblioteca Provincial de Toledo. Cit. por PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1936.

<sup>3</sup> En relación a Rosas de Oquendo, el parecer general señala su origen andaluz. Con más precisión, creo que podemos defender su origen sevillano. Dice en un romance:

...no hay lugar como Sevilla  
en cuanto el mar cubre y baña...

(Ver mi estudio «Rosas de Oquendo y El Tucumán» (en el *Libro Jubilar de Alfonso Reyes*, México, 1956, pág. 113).

<sup>4</sup> Aquí Luis Pardo estuvo

.....  
pues no hay otra razón que se presume  
desde Sevilla al reino de Tucuma.

(LOPE DE VEGA, *Laurel de Apolo*, Madrid, 1630, silva II).

<sup>5</sup> Diego Mexía de Fernangil estuvo en el Perú, México y, de nuevo en el Perú, se radicó en Potosí, donde elaboró la segunda parte del *Parnaso Antártico*. Prometió una tercera parte, pero no se sabe si lo escribió o si se perdió. Tuvo también fama como traductor de Ovidio (cf. P. RUBÉN VARGAS UGARTE, S.I., prólogo a *Rosas de Oquendo y otros*, Lima, 1955, págs. XXI-XXV).

- Fray Diego Durán (¿1538?-1588)<sup>6</sup>.
- Fray Diego de Hojeda (¿1570? ó ¿1571?-¿1613? ó ¿1615?).

En lugar aparte, estos otros nombres que entran (o pueden entrar) en el genticio de andaluces:

- Bernardo de la Vega (autor de *El pastor de Iberia*, de 1591)<sup>7</sup>.
- Fernán González de Eslava (1534-después de 1601)<sup>8</sup>.
- Pedro Ordóñez de Cabellos (¿1550?-después de 1616). Era de Jaén.
- Diego Dávalos y Figueroa. De Écija.
- Rodrigo de Carvajal y Robles. De Antequera.

Repito: la lista, sin aspirar a ser completa, es significativa. Y, dentro de un valor complementario, puede también aducirse como elemento de ningún peso dentro de lo que, particularmente en aquel primer siglo del dominio español en América, representa la poderosa ciudad de Sevilla. Puerto de embarque y de llegada, de más directo contacto social y comercial, y lo atraieron mayormente a los andaluces, si bien la diferenciación que establezco no anula, por ejemplo, el amplio itinerario de Mateo Rosas de Oquendo y otros. Rosas de Oquendo vivió en el Río de la Plata (Santiago del Estero y La Rioja), Lima y México, en este orden. Y todas estas regiones dejaron huellas en su producción literaria. También estuvieron en el Río de la Plata Bernardo de la Vega y Luis Pardo, de perfiles muchos más borrosos.

También, aunque el poeta no haya estado en América, vale la ineludible cita del poeta sevillano Fernando de Herrera, cuya huella es visible entre los autores recogidos en las *Flores de varia poesía...* (México 1577). Y más de uno de ellos pudo escribir como el madrileño Eugenio de Salazar y Alarcón, que residió parte de su vida en México:

Aquí, famoso Herrera, han ya llegado  
las delicadas flores que cogiste  
en el Pierio Monte celebrado...

(Epístola al insigne Hernando de Herrera)

<sup>6</sup> Hay dudas con respecto al lugar de nacimiento de Fray Diego Durán. Pedro Henríquez Ureña lo considera sevillano: «nacido antes de 1538 en Sevilla, no en México, aunque quizás de madre india» (ver *Corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. de J. Díez-Canedo, México, 1949, pág. 219). Por su parte, José Juan Arrom lo considera «americano» (ver J. J. ARROM, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, 2ª ed., Bogotá, 1977, pág. 44).

<sup>7</sup> Bernardo de la Vega, «gentilhombre andaluz», es el autor de la novela pastoril *El pastor de Iberia* (1591), novela censurada por Cervantes en el *Quijote* y en el *Viaje del Parnaso*. Dice Henríquez Ureña: «O él, o algún homónimo suyo, estuvo en México y en la Argentina (Tucumán)» (ver «Apuntes sobre la novela en América», en *Humanidades*, XV (La Plata), 1927).

<sup>8</sup> Joaquín García Icazbalceta (Introducción a Fernán González de Eslava, *Coloquios espirituales y sagrados y poesías sagradas...*, ed. de México, 1877) defendía su origen andaluz. Amado Alonso, en cambio (ver su *Biografía de Fernán González de Eslava*, en la *Revista de Filología Hispánica*, II, n.º 3, Buenos Aires, 1940, págs. 213-321) se inclina por un origen navarro o leonés, si bien, a falta de elementos incontrovertibles, concluía: «pudo nacer en otra parte cualquiera de España». Cabe la posibilidad de que fuera andaluz, y aun sevillano, como afirmaba García Icazbalceta. Claro que esto hay que demostrarlo de manera fehaciente, y eso no se ha hecho hasta hoy.

No quiero incurrir, como síntesis de esta introducción, en el error, tan frecuente, en que el tratamiento de un determinado tema arrastra al crítico a exagerar las dimensiones de su enfoque. De más está decir —repito— que esto suele ser bastante común, en particular cuando se defienden las proyecciones de posibles fuentes literarias, o cuando se procura subrayar la descendencia o relieve de un autor, una corriente, una literatura.

Sobre esta base, pues, no pretendo afirmar que, como en el caso de la ya definida discusión sobre el problema lingüístico del andalucismo en el español de América, se puede hablar, igualmente, con discutible paralelismo, de un andalucismo literario. Afirmar esto con carácter de generalidad resulta, sin duda, poco consistente. En especial si se pretende abarcar un ámbito tan dilatado y complejo como es el que entendemos con el nombre de literatura hispanoamericana. En cambio, puede aparecer más defendible cuando, con los pies mejor afirmados en la tierra, en lugar de pretender enlaces excluyentes y rotundos, perseguimos ciertas líneas, explícitamente limitadas, de validez regional o de perfil individual, líneas donde la raíz andaluza (sobre todo, sevillana) presenta mejores respaldos.

No hay que olvidar, tampoco, la variedad de factores que confluyen en la visión del «americanismo literario», ni hay que olvidar los cambios apreciables que, desde el siglo XVI, ha experimentado la sociedad del continente. Con todo, siempre queda algún margen para explicar, como derivaciones de raíz andaluza, aspectos o modalidades literarias, de vigencia esencialmente regional. Valga como ejemplo la significación y el carácter que durante siglos ha mantenido en la América del Oeste, y, en particular en el Perú, la literatura de humor, con más de un rasgo que podemos ligar al humor andaluz.

De más está decir que al hablar de andalucismo no lo encierro exclusivamente en el humor. Así, creo que, cautamente, podemos agregar el rasgo de la libertad imaginativa, y, aún, la visión optimista de la vida (si bien acepto que esto último, para nosotros los argentinos, resulta cada vez más borroso).

No se me escapa que ya pasó hace tiempo la época de la «psicología de los pueblos», del «alma de las naciones», etc. Y, con tanta o mayor razón la de las estereotipadas fisonomías regionales. Corresponde, pues, precavernos de señalar cualidades fijas o que pretendan ser excluyentes. Siempre tengo presente, en la historia literaria española, el caso del granadino Martínez de la Rosa, tan alejado de la semblanza de lo que se llamó «el andaluz típico». Y, con mayor libertad, de aquel personaje que aparece en una obra de los hermanos Álvarez Quintero, andaluz grave y seco, que está también en las antípodas del «andaluz»<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Volviendo hacia atrás, traigo a colación el testimonio, del siglo XVII, del irascible Cristóbal Suárez de Figueroa. Aquí, más complaciente que de costumbre:

¡Andaluces! «Son casi todos de abundosas lenguas, y, como de sutiles imaginativas, prontos en el decir... Hombres tuvo estudiosos... que en su tiempo añadieron particulares riquezas al idioma, que poco a poco descubrió después mayores tesoros. Débeseles, con todo, mucho, por haber sido los que abrieron camino a las primeras elegancias» (C. SUÁREZ DE FIGUEROA, *El Pasajero*, ed. de Madrid, 1913, pág. 279).

Como no deseo dilatar más estos comentarios, sólo me parece pertinente agregar dos testimonios, del siglo XIX y principios del XX, justificados —creo— por pertenecer a escritores hispanoamericanos bien conocidos: Paul Groussac (autor franco-argentino) y Sarmiento. Groussac representa con mucho, en sus juicios, una visión severa y negativa de la cultura hispanoamericana. Juicios que, en buena medida —creo— Pedro Henríquez Ureña examinó y borró. Pues, bien, los retaceos de Groussac no sólo establecen enlaces de los males con la herencia española en general, sino también con la particular huella andaluza o arábigo andaluza...<sup>10</sup>.

Mucho más importancia tiene la mención de Sarmiento, ya que si por un lado no se diferencia mayormente en sus ataques a España, por otro lado nos sorprende con sus entusiastas elogios a las mujeres andaluzas, a los andaluces sin excepción. Cito, sin comentarios:

«I luego, las mujeres andaluzas, graciosas como *bayaderas*, locas por el placer como las orientales, ¡aquel pueblo que canta todo el día, ríe, riñe ¡miente con un aplomo que asombra ¡Oh! las hipócritas andaluzas dejarían atónitos a los más hiperbólicos asiáticos. ¡Qué imaginación, qué riqueza de espíritu! ¡Qué feliz es la alegre Andalucía!»<sup>11</sup>.

### III

#### *Historia y poesía*

Dentro de la importancia que Andalucía y —repito— en especial Sevilla, tienen como enlace con América en el siglo de la conquista, notamos la diferencia que se establece entre la cara que ligamos a la parte «política» (descubrimiento, exploración, conquista) y la cara que ligamos a la parte artística. En el primer caso, ninguno de los nombres mayores españoles (Hernán Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia, Orellana, Ponce de León, Vasco Núñez de Balboa, etc.) nació en Andalucía. Pero es justo agregar que sí tuvieron este origen, en escalón no mucho más bajo, Pedro de Mendoza (de Guadix, Granada) y Alvar Núñez Cabeza de Vaca (de

Y, de nuevo hacia adelante, MIGUEL HERRERO GARCÍA, en su conocido libro *Ideas de los españoles del siglo XVII* (ver ed. de Madrid, 1964, págs. 179-197) destaca cuatro cualidades entre los andaluces de ese siglo: arrogancia, sagacidad (e ingenio), locuacidad y exaltación amorosa. En fin, después de elogiar las ciudades de Sevilla y Córdoba, subraya la fama de sutiles de los sevillanos.

Por último, no entro a analizar las diversas «teorías» de Andalucía que se han tentado, sobre todo en nuestro siglo. Teorías como la de las «Dos Andalucías», la del «arabismo de los andaluces», etc. (ver sensatas reflexiones en JULIO CARO BAROJA, *Razas, pueblos y linajes*, ed. de Madrid, 1957, págs. 151-152 y 181).

<sup>10</sup> Cf.: «...estos pueblos de habla española tendrán que vencer la doble corriente de la tradición y la raza: pues traen en la sangre, desde la Edad Media y la infiltración arábiga, ese principio indelebre y funesto del error, que durante siglos no sólo esterilizó allá toda ciencia importada —ya que espontánea no la tuvo jamás— sino que lucha aún por conservar intacta, como sagrada herencia, la maraña de fantásticas leyendas que cierran el paso a la historia» (PAUL GROUSSAC, *Anales de la Biblioteca IV*, Buenos Aires, 1906, pág. VIII).

<sup>11</sup> Ver SARMIENTO, *Viajes* (1.ª ed., Santiago de Chile, 1851-1859, ver ed. de las *Obras*, V, París, 1909, pág. 192).

Jerez de la Frontera). Sin olvidar, en los inaugurales viajes colombinos a los hermanos Martín y Vicente Alonso Pinzón (sobre todo, Martín).

Por descontado, queda fuera de esta lista, a través de su lugar especial, un nombre de tanta trascendencia polémica como el del sevillano Fray Bartolomé de las Casas. He mencionado, en cambio, al jerezano Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Los dos, como sabemos, con relieve literario (o histórico-literario) bien notorio.

Comparativamente, pues, y sin establecer medidas exactas, asignamos un nivel más alto a la parte artística, tal como lo revela la no escasa serie de autores de origen andaluz que pasan a América. Mejor dicho, andaluces que llevan ya, al viajar, cierta producción literaria (y aún fama), y andaluces que comenzarán en América dicha obra. Y, es obvio, algunos pocos regresarán a la península, y otros, los más, morirán en la tierra de adopción. En fin, otra fácil noticia: la gran mayoría de los andaluces que contribuyeron al nacimiento de la literatura hispanoamericana fueron poetas líricos. Y, por lo común, son ellos hombres ineludibles dentro de aquel momento claro de orígenes.

No sé si hace falta insistir sobre la significación de Sevilla, como punto de salida y de entrada en relación a América. Significación bien pronto reflejada en las letras españolas, como compendio de un mundo colorido, propicio a la aventura, producto, en mucho, de la especial situación ganada por la ciudad del Betis. Y, sobre todo la novela picaresca del siglo XVII llegará a convertir la obligada presencia de Sevilla como puerto de las Indias en un lugar común. Así, difícilmente faltará en ese tipo novelesco peripecia o peripecias sevillanas. Y la ciudad será también el punto de embarque del pícaro que parte para tentar nuevas aventuras o cambio de vida en tierras del Nuevo Mundo (México, casi siempre). Nos orientan, en este aserto, textos de Cervantes, Mateo Alemán, Agustín de Rojas, J. Alcalá Yáñez, Alonso de Castillo y Solórzano, Salas Barbadillo y el *Estebanillo González*. Pero no todo, claro, tiene que ver con la picaresca. Creo que vale la pena recordar que el *Quijote apócrifo* llegará a hablar de las «Indias de Sevilla» (cap. XXXIV). Y, en fin, el crítico Marcos A. Morínigo, en su bien elaborado estudio sobre la visión de América en el teatro de Lope de Vega, escribió: «Las alusiones a Sevilla como puerto del Nuevo Mundo y puerto de arribada para los indios, y de partida para los que aspiraban a serlo, se encuentran con frecuencia [en las comedias de Lope]»<sup>12</sup>.

### IV

#### *Tres poetas*

Como se ha visto en los autores citados, el aporte de los andaluces, y, en su mayor parte, de los sevillanos, constituye un caudal realmente nutrido en el primer siglo de la literatura hispanoamericana. Con apreciable ventaja sobre los

<sup>12</sup> Cf., MARCOS A. MORÍNIGO, *América en el teatro de Lope de Vega* (Buenos Aires, 1946, págs. 212-217).

autores originarios de las otras regiones peninsulares y, asimismo, con los primeros autores de cierto nivel que nacen en el Nuevo Mundo<sup>13</sup>.

No se trata, en el caso de los autores nacidos en Andalucía, de una simple presencia física, puesto que, aparte de lo que muestran como producción individual, sirven también, en mucho, para alentar vocaciones nativas y aun para agrupar, tempranamente, inquietudes dispersas. Hay que tener en cuenta, igualmente, que en el siglo XVI (en gran parte del siglo XVI) las luchas de conquista eran las que daban el signo definidor, aparte de que es todavía temprano o apenas se insinúan certámenes literarios, círculos y academias, mucho más afirmados en el siglo XVII, no sólo como reflejos europeos, sino también como consecuencia de una mayor estabilidad político-social en las colonias.

Con el fin de dar una idea más precisa de lo que representan los autores de origen andaluz en esta naciente etapa americana, he elegido tres nombres de relieve: Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Rosas de Oquendo. Los tres sevillanos, ya que no tengo dudas acerca del origen de Rosas de Oquendo, y con algunas diferencias entre sí. Juan de la Cueva, con una permanencia breve en estas tierras. A su vez, éste y Cetina como ejemplos del momento renacentista; Rosas de Oquendo, como representante del momento manierista. Es decir, que según mi entender, los tres abarcan, con la largueza imaginable, los dos estilos de época que llenan, sin duda, el siglo XVI (aparte del despuntar del Barroco). En fin, los tres, líricos, si atendemos, en el caso de Juan de la Cueva a sus obras escritas en América. Subrayo de este modo el vigor de una forma genérica madura, y aún mejor afirmada en los siglos siguientes. Y, no olvidemos, con la suma de autores importantes que nacerán en América (borremos una gran cantidad mercedemente relegados). Esos autores importantes son los que, en ocasiones, como ocurre en el opaco final del siglo XVII, disputarán primicias poéticas a los autores peninsulares.

## V

### *Gutierre de Cetina (¿1520?-¿1577?)*

El sevillano Gutierre de Cetina era ya autor de prestigio cuando pasó a México. Por otra parte, lo poco que se conoce de él elaborado en América no alcanzó mayor trascendencia, y no cuentan aquí, por descontado, obras que se consideran perdidas. Por eso creo que su situación reviste un carácter especial, no tanto a través de lo que pudo escribir en el Nuevo Mundo, como por el estímulo que despertó en estas tierras. Aun así y todo resulta difícil admitir la denominación de

<sup>13</sup> Las *Flores de baria poesía. Recoxida[s] de barios poetas españoles...* (México, 1577. Manuscrito n.º 2.973 de la Biblioteca Nacional de Madrid) es un primer e importante documento que recoge composiciones del momento inicial de las letras de la Nueva España. Incluye ya composiciones de autores nacidos en América. Alfonso Méndez Plancarte señaló que, entre los autores incluidos, predomina la influencia de la «escuela sevillana» (ver *Poetas Novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*, México, 1942, pág. 10).

«poeta hispanoamericano» que le dio Amado Alonso. Declaradas estas salvedades, es de rigor decir que Cetina estuvo dos veces en México: una, breve, en 1546, y una segunda, más larga y como final residencia. Y subrayo lo de final, ya que murió en Puebla, de muerte violenta, antes de mediados de 1577<sup>14</sup>.

Sobre los textos de Gutierre de Cetina escribió don Antonio Rodríguez Moñino:

«Si no se hubiese conservado un volumen manuscrito, posterior a la muerte de Cetina y por el cual se publicaron sus obras en 1895, el autor del famoso madrigal hubiera seguido siendo, como decía Sedano en el siglo XVIII, un casi desconocido poeta del cual habría muy raras composiciones. Hasta el *Ensayo* de Gallardo, hasta el tomo de *Poetas líricos* de Rivadeneira, apenas se podía leer nada de Cetina»<sup>15</sup>.

Por lo que se sabe, Gutierre de Cetina produjo casi toda su obra (por otra parte, breve) en España. En México, aparte de la *paradoja en alabanza de los cuernos*, determinado por la ciudad de Cuernavaca, se le atribuye «un libro de comedias morales en prosa, y otro de comedias profanas en verso, con otras muchas cosas»<sup>16</sup>. Imaginamos que entre las «muchas cosas» había poesías líricas, acordes con las que le habían dado nombradía en la península. Es aventurado pretender más de tan escuetos datos.

Apoyándonos, pues, en lo concreto, resulta justificado pensar que si Cetina tenía prestigio en España, con mayor razón lo mantuvo en la naciente sociedad americana, donde su obra y las novedades renacentistas que comportaba sirvió pronto de modelo y estímulo. No de otra manera debemos interpretar fundadas conexiones con los primeros autores nacidos en México, así como su nítida presencia en las *Flores de baria poesía...*, de 1577.

En lo que se refiere a la difusión de poemas de Cetina en España, y, sobre todo, de su inolvidable *Madrigal*, tenemos claras señales, tal como, por ejemplo, lo atestiguan tempranamente Juan Rufo en *Los seiscientos apotegmas*<sup>17</sup>, así como las versiones musicales que figuran en el *Libro de música para vihuela...* (1554) de Miguel de Fuenllana, y en las Canciones y villanescas a lo divino (1584) de Francisco Guerrero<sup>18</sup>. Y, un siglo después Saavedra Fajardo, con un «pero» discutible<sup>19</sup>. Claro que aquí interesa, de manera primordial, la presencia de Gutierre de Cetina en México, así como su repercusión en la naciente lírica hispánica del Nue-

<sup>14</sup> Cf., FRANCISCO A. DE ICAZA, *Sucesos reales que parecen imaginados de Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán*, Madrid, 1919; JOAQUÍN DE HAZAÑAS y LA RÓA, prólogo a Gutierre de Cetina, *Obras*, 2 vols., Sevilla, 1885.

<sup>15</sup> A. RODRÍGUEZ-MOÑINO, «Nuevos sonetos de Cetina. Noticia bibliográfica» en *Estudios dedicados a Méndez Pidal*, VII, Madrid, 1957, págs. 351-356.

<sup>16</sup> Cf., ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas Novohispanos, Primer siglo...*, ed. citada, pág. XVII.

<sup>17</sup> Cf., JUAN RUFO, *Los seiscientos apotegmas*, ed. de Madrid, 1972, y la nota de Alberto Blecuá, pág. 204.

<sup>18</sup> La notación musical del famoso madrigal de Cetina que hizo el maestro Guerrero se encuentra en el *Libro de música* d. Miguel de Fuenllana.

<sup>19</sup> Ver DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO, *República literaria*, 1655, ed. de Madrid, 1942, pág. 41.

vo Mundo, como ejemplo vivo de temas, construcciones y versos italianizantes que habían ganado visible terreno en la lírica de la metrópoli<sup>20</sup>.

#### Juan de la Cueva (1543-1610)

Otro sevillano famoso del siglo XVI estuvo en México, pero por breve tiempo: Juan de la Cueva. La diferencia esencial que cabe establecer con el ya citado Gutierre de Cetina es que —lo he dicho— Cetina llegó a México con un prestigio literario. En cambio, la situación de Juan de la Cueva es distinta, ya que éste comenzó su producción literaria en los pocos años que estuvo en México (1574-1577), pero alcanzó la fama cuando volvió a España y elaboró en la península las obras que le dieron mayor prestigio: me refiero a sus piezas dramáticas (las *Comedias y Tragedias*, de 1588), al poema *Conquista de la Bética* (1603) y al *Ejemplar Poético* (1606)<sup>21</sup>.

Lo curioso del caso está en el hecho de que Juan de la Cueva reproduce en buena medida, dentro de sus poemas escritos en México, la situación de Salazar y Alarcón con respecto a la naturaleza americana. En efecto, entre las composiciones escritas por Juan de la Cueva figura una *Epístola* dirigida al Licenciado Laurencio Sánchez de Obregón, «Primer Corregidor de México», epístola en que se destaca, por un lado, el desarrollo edilicio de la ciudad, y, por otro, las riquezas naturales de la región, con acopio de vocablos indígenas:

.....  
Sin éstas, hallaréis otras mil cosas  
de que carece España, que son tales,  
al gusto y a la vista deleitosas.  
Mirad a aquellas frutas naturales,  
el plátano, mamey, guayaba, anona,  
si en gusto las de España son iguales.  
Pues un chico zapote, a la persona  
del Rey le puede ser emparentado  
por el fruto mejor que cría Pomona.  
El aguacate a Venus consagrado,  
por el efecto y trenas de colores,  
el capulí y zapote colorado...<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Cf., también, BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, II, Madrid, 1866, cols. 410-448; JOAQUÍN DE HAZAÑAS y LA RÚA, prólogo a su edición; LUCAS DE TORRE, *Algunas notas para la biografía de Gutierre de Cetina* (en el *Boletín de la Real Academia Española*, XI, Madrid, 1924, págs. 388 y ss.; RAFAEL LAPESA, *Gutierre de Cetina*; disquisiciones biográficas (en *Estudios hispánicos*, Wellesley 1952); JOSÉ MANUEL BLECUA, *Sobre poesía de la Edad de Oro*, Madrid, 1970, págs. 44-73.

<sup>21</sup> Su obra *Muerte del Rey Don Sancho*, de 1579, es considerada —según Pedro Henríquez Ureña— el primer drama histórico nacional. Ver, también, FRANCISCO A. DE ICAZA, *Sucesos reales que parecen imaginados de Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán*, Madrid, 1919; id., prólogo a Juan de la Cueva, *El infamador...*, ed. de Madrid, 1941, págs. VII-L. El poeta pasó a América junto con su hermano Claudio, Inquisidor. Gallardo publica un soneto de Juan de la Cueva dirigido a su hermano (obra citada, II, col. 641).

<sup>22</sup> JUAN DE LA CUEVA *Epístola al Licenciado Sánchez de Obregón* (en B. J. Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca española...*, II, ed. citada, col. 647).

Con alguna rápida referencia «social»:

Las comidas, que no entendiendo acusa  
los cachopines y aun los vaquianos  
y de comerlas huyen y se excusan...<sup>23</sup>.

Lo que conviene destacar en los textos de Salazar y Alarcón y Juan de la Cueva es que sus testimonios sobre la naturaleza americana abren un horizonte inusitado (poco después sería lícito, por ejemplo, mencionar a Rosas de Oquendo, en México, y Silvestre de Balboa, en la isla de Cuba). Pero esta apertura, muy limitada no va a ser seguida sino raramente. Por el contrario, lo común será, con las salvedades apuntadas, la insistencia en un paisaje aprendido en los libros clásicos, y no el visto en la cambiante e inédita realidad del Nuevo Mundo. Tendencias literarias posteriores (de manera especial, la Barroca) cantarán una naturaleza estilizada, «artística», por encima de los atisbos realistas mencionados. En fin, será necesario esperar al Romanticismo (precedentes aparte) para que las obras literarias acojan con amplitud y «sientan» íntimamente las primicias de la naturaleza americana.

#### Mateo Rosas de Oquendo (¿1559?-¿1612?)

No cabe ninguna duda de que de los tres autores elegidos, Mateo Rosas de Oquendo es el que presenta una obra, no sólo más nutrida, sino también más ligada a las cosas de América, así como a su zigzagueante itinerario continental de conquistador y «poeta».

A principios de nuestro siglo, al publicar Antonio Paz y Meliá diversas poesías del *Cartapacio*, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, dio un primer apoyo importante al nombre de Mateo Rosas de Oquendo, un español pintoresco y andariego que vivió buena parte de su vida en América, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Es cierto que el *Cartapacio* ofrece composiciones propias y ajenas, pero lo que aquí interesa es desgajar las que pertenecen claramente a Rosas de Oquendo y, al mismo tiempo, hacer justicia al aporte bibliográfico de Paz y Meliá. Con posterioridad, otros estudiosos (entre los cuales hay que citar a Alfonso Reyes, el P. Pablo Cabrera y el P. Rubén Vargas Ugarte) dieron perfil nítido al personaje<sup>24</sup>. Hoy se recuerda a menudo a Rosas de Oquendo, si bien más como testimonio histórico que como auténtico poeta (reconocemos que en la época, historia y poesía anduvieron muchas veces juntas).

A través de su no muy abultada producción, Rosas de Oquendo nos da algo así como la versión burlesca o satírica de la Conquista. Frente a los consabidos testimonios de los conquistadores que, con frecuencia, solían exagerar penurias y

<sup>23</sup> Cf., B. J. GALLARDO, id.

<sup>24</sup> Cf. ANTONIO PAZ Y MELIÁ, *Cartapacio de diferentes versos a diferentes asuntos compuestos o recogidos por Rosas de Oquendo* (en el *Bulletin Hispanique*, VIII, Burdeos-París, 1906, y IX, 1907; ALFONSO REYES, *Rosas de Oquendo en América* (en *Capítulos de literatura española*, 1.ª serie, México, 1939, págs. 21-71; P. PABLO CABRERA, *El Famatina de Mateo Rosas de Oquendo (un poema perdido)* (en la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, VIII, Córdoba, 1921, págs. 41-58; P. RUBÉN VARGAS UGARTE, S.I., *Introducción a Rosas de Oquendo y otros*, Lima, 1955, págs. VII-XIX.

proezas, nuestro autor se encarga de señalar que, por lo menos en un caso que narra, no existió tal hazañería y que, por el contrario, los indios eran mansos y nada belicosos. Por otra parte, Rosas de Oquendo nos ha dejado otras noticias, vestidas más o menos líricamente, en que apunta hacia las debilidades y rasgos minúsculos de aquella sociedad, niña en años, pero crecida ya en enconos y apetitos. Como que, en buena medida, eran los enconos y apetitos de España trasladados al Nuevo Mundo...

Mateo Rosas de Oquendo nació en Sevilla, tal como anticipé, hacia 1559. Muy joven ingresó en la milicia y estuvo en varias campañas europeas. Entre otras ciudades, sabemos que conoció las de Génova y Marsella.

En 1585 pasó a América. Aquí, su primera etapa corresponde al Tucumán, donde gozó de la protección del gobernador Ramírez de Velasco. En 1593 ó 1594 pasó a Lima, donde encontró, por lo menos durante un tiempo, la protección del virrey García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. En 1598 pasó a México. Vivía aún en 1612 y es posible que haya muerto en la Nueva España (Alfonso Reyes sospecha que murió en Sevilla, pero, la verdad, no poseemos ninguna noticia concreta sobre su muerte)<sup>25</sup>.

Repitiendo un perfil que presenta entonces otros ejemplos, Rosas de Oquendo aparece como lírico (a través de las composiciones suyas que trae el *Cartapacio*), y como poeta épico (a través de su poema *El Famatina*). La diferencia esencial está en el hecho de que, por lo menos, conocemos su obra lírica. En cambio, de *El Famatina* sólo sabemos que hizo trámites para su publicación, pero el poema nunca llegó a publicarse y se lo considera perdido. Únicamente tenemos una vaga idea de su contenido, vinculado, claro, al Tucumán y sus andanzas<sup>26</sup>.

Dentro de su obra lírica, prevalecen las composiciones relacionadas con Lima y México, a las que hay que agregar algunas que identificamos con el Tucumán y los años pasados por Rosas de Oquendo en la región. En general, cabe decir que el cambio de ambiente no significa mayores cambios en el carácter de sus versos, centrados —como he dicho— en la burla y la sátira. Particularmente, merecen recordarse sus comentarios a las supuestas «hazañas» de los conquistadores, a las apetencias nobiliarias de muchos de los que pasaban a América, a la confusión, apetitos y luchas de la naciente sociedad hispánica en el Nuevo Mundo. Y si esto mostraba en relación a los españoles de aquende y allende, su actitud se agudizaba en ocasiones, cuando mostraba (burla, parodia) a los indígenas del Perú o la Nueva España:

¿Hallaron en este reino  
Cortés y sus españoles

<sup>25</sup> Ver, también, mis contribuciones al estudio de Mateo Rosas de Oquendo, en particular en lo que se refiere a su paso por el Tucumán: *Rosas de Oquendo y el Tucumán* (en el *Libro Jubilar de Alfonso Reyes*, ya citado), y *Rosas de Oquendo (en Literatura argentina. Palabra e imagen*, I, Buenos Aires, 1969).

<sup>26</sup> Ver, particularmente, P. PABLO CABRERA, *El Famatina de Mateo Rosas de Oquendo*, ed. citada, y mi estudio *Rosas de Oquendo y el Tucumán*.

sino bárbaros, vestidos  
de plumas y caracoles?...

(*Sátira que hizo un galán a una dama  
criolla que le alababa mucho a México*).

Si es justo afirmar que Rosas de Oquendo tenía especiales condiciones para el género satírico, también es justo decir que su sátira es continuada, sin resquicios para la belleza sutil y el optimismo. Sobre todo cuando se refiere a la sociedad limeña. Creo acertar si apunto que, salvo un primer momento de amable acogida, los limeños no correspondieron a lo que Rosas de Oquendo sospechaba que valía.

Entre las composiciones de Rosas de Oquendo escritas en México recordamos los romances titulados *Yndiano bolcán famoso*, *Montañas de Guadalupe* y el *Romance en lengua de yndio mexicano, medio ladino*. También el romancillo *¡Ay, señora Juana!* que incluye numerosos mexicanismos (*cocosquez*, *chismales*, *coyote*, *tamales*, *elotes*, *jui(l)*, *tiánguez*, *chilcotes*, *camotes*). Éste es el comienzo:

¡Ay, señora Juana!  
Busarsé perdone,  
y escuche las quejas  
de un mestiso pobre...

(*Cartapacio...*, fol. 199).

En síntesis, mientras no aparezca el poema titulado *El Famatina*, debemos considerar a Rosas de Oquendo como un esencial versificador satírico. Y, en este sector, como un autor estimable y digno de mención. Con el agregado de que la obra literaria, en consonancia con los avatares de su vida, cubre muchas regiones de aquella extendida América española. Por último, Rosas de Oquendo no sólo alcanza a entrar con nitidez en las letras de la Nueva España, sino que es asimismo un buen soporte de lo que aceptamos como estilo manierista en el continente<sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Entre los sonetos anónimos que incluyó Baltasar Dorantes de Carranza en su *Relación mexicana* de principio del siglo XVII, publicada en 1902, y que algunos críticos han atribuido también a Rosas de Oquendo sin pruebas concluyentes, hay uno que satiriza la soberbia de muchos recién llegados al continente americano. Dice en su final:

Y el otro que agujetas y alfileres  
vendía por las calles, ya es un conde  
en calidad, y en cantidad un Fúcar;  
y abomina después el lugar donde  
adquirió estimación, gusto y haberes  
¡y tiraba la jábega en Sanlúcar!

Versos como punzante sátira social, que hablan, sobre todo, de la lucha de generaciones en la Nueva España (conquistadores e hijos de conquistadores frente a los que llegaron después). Remitiéndome sólo a los versos citados, quiero hacer hincapié en el nombre geográfico *Sanlúcar*, que, por descontado, no es aquí un simple nombre determinado por la rima. Creo, en cambio, que puede aceptarse —dejemos de lado el valor negativo que reviste— como síntesis y símbolo, en la perspectiva del autor, de muchos andaluces que aún seguían llegando a la Nueva España a principios del siglo XVII. Así, pues, y más allá de otros rasgos del soneto, insisto en que el nombre de Sanlúcar, otro puerto importante de Andalucía en relación a América, cercano a Cádiz, no aparece allí como algo casual.

### *Conclusión*

Como se habrá visto a lo largo de este trabajo, si por un lado quise mostrar la significación que, en especial, autores de origen sevillano tienen en los comienzos de lo que llamamos *literatura hispanoamericana*, por otra parte, de ninguna manera pretendí señalar que el predominio andaluz o sevillano dio también lugar, en el Nuevo Mundo, a rasgos literarios signados ceñidamente por casilleros de tipo racial o por identificaciones regionales. Eso sí, creo que, en ocasiones, caben algunos enlaces, pero no se trata, es evidente, de defender influencias muy profundas ni determinismos a todo trapo. O, simplemente, un «andalucismo literario» paralelo al andalucismo lingüístico (hoy claramente perfilado).

En síntesis, lo que he querido subrayar, con la debida cautela, es, sobre todo, la importancia cuantitativa y cualitativa de los andaluces en las letras hispanoamericanas del siglo XVI. Igualmente, la presencia de temas americanos en las obras de varios de ellos, y, no menos, el claro papel de modelo y estímulo que representan para los autores criollos en ese momento que se inicia una larga e importante etapa en las letras del continente.

Como final, quiero decir que esta presencia andaluza o sevillana en Hispanoamérica centra su vigor en el siglo de la Conquista, sin desaparecer del todo después. Sería ingenuidad, dentro de la amplitud espacial y aun temporal que abarcamos, afirmar que en aquella centuria se fijan como raíces inamovibles. Verdad que no, aunque quede siempre la posibilidad de tenerlas también en cuenta, sin exagerar dimensiones, dentro de las variadas corrientes que configuran el complejo y siempre apasionante problema —no resuelto— que enunciamos como «americanismo literario».